

un combate peligroso. Robespierre había llamado á su joven compañero Saint-Just; y éste había vuelto inmediatamente del ejército. Propusieron una reunión para tratar de entenderse. Hízose Robespierre instar demasiado antes de consentir en una entrevista. Accedió por fin, y ambas juntas se reunieron. Mediaron quejas recíprocas y amargas, pues Robespierre, explicándose acerca de sí mismo con su acostumbrado orgullo, denunció secretos conciliábulos, habló de diputados conspiradores sin castigo, vituperó todos los actos del gobierno, y todo le pareció mal en administración, guerra y hacienda. Saint-Just apoyó á Robespierre, le elogió en gran manera, y añadió luego que la última esperanza de las potencias extranjeras se cifraba en desavenir al gobierno. Refirió cuanto había dicho un oficial hecho prisionero delante de Maubeuge. Esperábase, según aquel oficial, que un partido más moderado abatiese al gobierno revolucionario é hiciese prevalecer otros principios.

Saint-Just, apoyado en este hecho, hizo conocer la necesidad de hermanarse y de marchar acordes. Los antagonistas de Robespierre eran de este mismo parecer, y se avenían á entenderse, para quedar dueños del Estado; pero para ello se requería el consentimiento á cuanto deseaba Robespierre, y tales condiciones no podían convenirles. Los vocales de la junta de seguridad general se quejaron mucho de que se les hubiesen menoscabado sus funciones; y llegó á tanto el arrojío de Elías Lacoste, que dijo que Couthón, Saint-Just y Robespierre formaban una junta en las juntas, y aun se atrevió á pronunciar la voz de triunvirato. Conviniéronse, sin embargo, en ciertas concesiones recíprocas. Robespierre se avino á limitar su oficina de policía general á la vigilancia de los agentes de la junta de salvación pública, y sus contrarios en cambio consintieron en encargar á Saint-Just hiciese un informe á la Convención sobre la entrevista recién tenida. En este informe, como puede verse bien, no se debían manifestar las desavenencias que reinaban entre las juntas, sino hablar de las conmociones que acababa de padecer la opinión pública, y fijar la marcha que se proponía seguir el gobierno. Billaud y Collot insinuaron que no convenía hablar demasiado del Ser Supremo, por cuan-

to siempre les estaba haciendo sombra el pontificado de Robespierre. No obstante, Billaud, con un aire sombrío y poco insinuante, dijo á Robespierre que jamás había sido su enemigo; y se separaron sin verdadera reconciliación, pero aparentando algunas menos desavenencias que antes. Nada de realidad cabía en semejante reconciliación, porque las ambiciones seguían siendo las mismas; asemejábase á esos ensayos de transacción que hacen todos los partidos antes de llegar á las manos; era un verdadero *beso Lamourette*; se asemejaba á todas las reconciliaciones propuestas entre constituyentes y girondinos, entre éstos y los jacobinos, entre Dantón y Robespierre.

Sin embargo, si no puso de acuerdo á los diversos individuos de los comités, atemorizó mucho á los montañeses; creyeron que su pérdida sería la prenda de paz, y esforzándose por saber cuáles serían las condiciones del tratado. Los individuos del comité de seguridad general se apresuraron á disipar sus temores. Elías Lacoste, Dubarrán y Moisés Bayle, los mejores individuos del comité, les tranquilizaron diciendo que no se había acordado ningún sacrificio: el hecho era cierto, y también una de las razones que impedían que la reconciliación pudiera ser completa. Sin embargo, Barrere, que tenía mucho empeño en que reinase acuerdo, no dejó de repetir en sus informes diarios que los individuos del gobierno estaban del todo unidos, que injustamente se les había acusado de no estarlo, y que procuraban, por sus esfuerzos comunes, que triunfase la república en todas partes. Aparentó atribuir á todos las censuras dirigidas contra los triunviros, rechazándolas como calumnias culpables, lanzadas igualmente contra ambos comités. «En medio de los gritos de la victoria, dijo, circulan sordos rumores, óyense absurdas calumnias, se infiltran en los diarios sutiles venenos, se urden funestas tramas, prepáranse ficticios descontentos; y el gobierno, molestando sin cesar, hallando trabas en sus trabajos, entorpecido en sus movimientos, se ve calumniado en sus ideas, y amenazado en los que le componen. Sin embargo, ¿qué ha hecho?» Barrere añadía aquí la enumeración acostumbrada de los trabajos y servicios del gobierno.

CAPÍTULO XXII

Operaciones del ejército del Norte hacia mediados de 1794.—Toma de Ipres.—Formación del ejército del Sambre y Mosa.—Batalla de Fleurus.—Ocupación de Bruselas.—Últimos días del terror.—Lucha de Robespierre y de los triunviros contra los otros individuos de los comités.—Jornadas del 8 y 9 termidor.—Arresto y suplicio de Robespierre, Saint-Just, Couthón, etc.—Marcha de la revolución desde 1789 hasta el 9 termidor.

Mientras que Barrere se valía de todos sus esfuerzos para ocultar la discordia de los comités, Saint-Just, á pesar del informe que debía hacer, había vuelto al ejército, en el que ocurrían grandes sucesos, con motivo de haberse continuado los movimientos que se comenzaron á practicar en ambas alas. Pichegrú había proseguido sus operaciones sobre el Lys y el Escalda; Jourdan comenzó las suyas en el Sambre; el primero, aprovechándose de la actitud defensiva que Coburgo había tomado en Tournay, desde las batallas de Turcoing y de Pont-à-Chin, proyectaba batir á Clerfayt aisladamente; pero no osando avanzar hasta Thielt, resolvió dar principio al sitio de Ipres, con el doble objeto de atraer á sí á Clerfayt y de tomar dicha plaza, que consolidaría el establecimiento de los franceses en la Flandes occidental. Clerfayt, esperando refuerzos, no hizo movimiento alguno, y Pichegrú estrechó entonces tan vivamente el sitio de Ipres, que Coburgo y Clerfayt se creyeron obligados á dejar sus respectivas posiciones para ir en socorro de la plaza amenazada. A fin de impedir á Coburgo que prosiguiese este movimiento, Pichegrú mandó salir tropas de Lila, é hizo una demostración tan viva sobre Orchies, que Coburgo quedó detenido en Tournay; al mismo tiempo se corrió hacia Clerfayt, que avanzaba sobre Rousselaer y Hooglede; y sus movimientos, rápidos y bien combinados, le proporcionaron aún la ocasión de batir de nuevo á Clerfayt aisladamente. Por desgracia, una división equivocó el camino, y aquel jefe tuvo tiempo de volver á su campamento después de sufrir una ligera pérdida; pero á los tres días, el 25 pradiar (13 junio), reforzado con el destacamento que estaba esperando, se presentó de improviso á nuestras columnas con treinta mil hombres. Nuestros soldados corrieron precipitadamente á las armas; pero la división de la derecha, atacada con grande impetuosidad, se desbarató y dejó la división de la izquierda descubierta sobre la meseta de Hooglede. Macdonald mandaba aquella división, y supo sostenerla contra los ataques reiterados de frente y flanco á que por mucho tiempo estuvo expuesta; con esta valerosa resistencia, dió tiempo á la brigada Devinthier para incorporarse, obligando entonces á Clerfayt á emprender la retirada con pérdidas considerables. Era la quinta vez que este jefe, mal secundado, quedaba batido por nuestro ejército del Norte. Aquella acción, tan honrosa para la división Macdonald, decidió la rendición de la plaza sitiada: cuatro días después, el 29 pradiar (17 ju-

nio), Ipres abrió sus puertas, entregando las armas una guarnición de siete mil hombres.

Coburgo iba á marchar en socorro de Ipres y de Clerfayt, cuando supo que ya no era tiempo, y los acontecimientos que ocurrían en el Sambre le obligaron entonces á dirigirse hacia el lado opuesto del teatro de la guerra. Dejó al duque de York en la Escalda, á Clerfayt en Thielt, y marchó con todas las tropas austriacas hacia Charleroy. Era una verdadera separación entre las principales potencias, Inglaterra y Austria, que estaban bastante mal avenidas, y cuyos intereses, muy diversos, se pronunciaron aquí de una manera visible. Los ingleses permanecían en Flandes, hacia las provincias marítimas, y los austriacos corrían á sus comunicaciones amenazadas. Esta separación no aumentó poco su desacuerdo: el emperador de Austria se había retirado á Viena, disgustado de aquella guerra sin éxito; y Mack, viendo sus planos frustrados, abandonó de nuevo el Estado Mayor austriaco. Ya hemos visto que Jourdan llegó desde el Mosela á Charleroy en el momento en que los franceses, rechazados por tercera vez, repasaban el Sambre en desorden. Después de dar algunos días de descanso á las tropas, algunas de las cuales estaban desanimadas por sus derrotas, y las demás fatigadas por su rápida marcha, hízose algún cambio en su organización. De las divisiones Desjardins y Charbonnier y de las llegadas del Mosela formóse un solo ejército, que se llamó del Sambre y Mosa, que en número de unos sesenta mil hombres se puso á las órdenes de Jourdan. Una división de quince mil, mandada por Scherer, fué la encargada de guardar el Sambre desde Thuin á Maubeuge.

Jourdan resolvió repasar al punto el Sambre y asaltar Charleroy: la división Hatry recibió orden de embestir la plaza, y el grueso del ejército se situó alrededor para proteger el sitio. Charleroy está sobre el Sambre: más allá de su recinto hay una serie de posiciones en semicírculo, cuyas extremidades terminan en el río; pero son poco ventajosas, porque el semicírculo que describen es de diez leguas de extensión, están poco enlazadas entre sí, y tienen un río á la espalda. Kléber, con el ala izquierda, se extendía desde el Sambre hasta Orchies y Trasegnies, guardando el riachuelo de Pietón, que atravesando el campo de batalla iba á verterse en el Sambre. En el centro guardaba Morlot á Gosselies; Championnet avanzaba entre Hepignies y Wagné; Lefevre custodiaba á Wagné, Fleurus y Lambusart; y á la dere-

cha, en fin, extendiase Marceau por delante del bosque de Campinaire, uniendo nuestra línea con el Sambre. Conociendo Jourdan la desventaja de estas posiciones, no quería permanecer, y para salir proponíase tomar la iniciativa del ataque el 28 pradiar (16 de junio) por la mañana. En aquel momento no había marchado aún Coburgo sobre dicho punto; hallábase en Tournay, presenciando la derrota de Clerfayt y la toma de Ipres. El príncipe de Orange, enviado hacia Charleroy y que mandaba el ejército de los coligados, había resuelto impedir el ataque de que se veía amenazado, y desde la mañana del 28 sus tropas desplegadas obligaron á los franceses á aceptar el combate en el terreno que ocupaban. Cuatro columnas, dispuestas contra nuestra derecha y centro, penetrando en el bosque de Campinaire, donde se hallaba Marceau, habían tomado Fleurus á Lefevre y Hepignies á Championnet, é iban á obligar á Morlot á replegarse desde Pont-à-Migneloup sobre Gosselies, cuando Jourdan, acudiendo muy oportunamente con una reserva de caballería, detuvo á la cuarta columna merced á una carga feliz. Consiguio que las tropas de Morlot volviesen á sus posiciones, y restableció el combate en el centro. En la izquierda, Wartensleben había hecho iguales progresos hacia Trasegnies; pero Kléber, gracias á sus felices y rápidas disposiciones, recobró á Trasegnies, y después, aprovechándose de aquel momento favorable, hizo retroceder á Wartensleben, rechazándole más allá del Pietón, y fué persiguiendo largo trecho sus dos columnas. Hasta allí se había sostenido el combate con ventaja, y aun iba á declararse la victoria por los franceses, cuando reuniendo el príncipe de Orange sus dos primeras columnas hacia Lambusart, sobre el punto en que enlazaba el extremo de la derecha francesa con el Sambre, amenazó sus comunicaciones. Entonces, la derecha y el centro hubieron de retirarse, y renunciando Kléber á su marcha victoriosa, protegió esta retirada con sus tropas, por lo cual se efectuó con el mayor orden. Tal fué la primera refriega del 28 (16 de junio). Era la cuarta vez que los franceses tenían que repasar el Sambre, sólo que ahora lo hacían de un modo más honorífico para sus armas. No se desalentó Jourdan con este fracaso; por el contrario, atravesó de nuevo el Sambre algunos días después, recobró sus posiciones del 16, acometió otra vez á Charleroy é hizo redoblar su bombardeo con extraordinario vigor.

Advertido Coburgo de las nuevas operaciones de Jourdan, iba por fin acercándose al Sambre, y por lo tanto importaba mucho á los franceses tomar á Charleroy antes de la llegada de estos refuerzos tan esperados por el ejército austriaco. El ingeniero Marescot adelantó tan eficazmente los trabajos, que en ocho días apagó los fuegos de la plaza y quedó todo preparado para el asalto. El 7 mesidor (26 de junio) envió el comandante de aquélla á un oficial para parlamentar, y Saint-Just, que dominaba entonces en el campamento francés, rehusó abrir la carta y despidió al oficial, diciéndole: *No es ese papel lo que aquí necesitamos, sino la plaza.* Evacuóla, pues, la guarnición la misma tarde, en el momento mismo en que empezaban á avistarse las fuerzas de Coburgo desde las líneas francesas. La rendición de Charleroy quedó ignorada de los enemigos; y como la ocupación de la plaza afianzaba sobre manera nuestra

posición, aunque teníamos el río á la espalda, se hizo menos peligrosa la batalla que iba á trabarse. La división de Hatry, ya libre, se trasladó á Ransart para reforzar el centro, y todo se preparó para la acción decisiva que había de empeñarse el siguiente día, 8 mesidor (26 de junio).

Nuestras posiciones eran exactamente las mismas que el 28 pradiar (16 de junio), pues Kléber mandaba la izquierda desde el Sambre hasta Trasegnies; Morlot, Championnet, Lefevre y Marceau formaban el centro y la derecha, que se extendía desde Gosselies hasta el Sambre, habiéndose abierto atrincheramientos en Hepignies para asegurar nuestro centro.

Mandó Coburgo atacar el ejército francés en todos los puntos del vasto semicírculo que ocupaba, en vez de dirigir un esfuerzo concéntrico sobre una de sus extremidades, la derecha por ejemplo, para quitarle todos los pasos del Sambre.

Empezó el ataque el 8 mesidor por la mañana. El príncipe de Orange y el general Latour, que estaba enfrente de Kléber, por la izquierda, arrollaron las columnas francesas y las rechazaron por el bosque de Monceaux hasta las orillas del Sambre, en Marchienne-au-Pont. Kléber, que felizmente se había colocado en la izquierda para dirigir allí los movimientos de todas aquellas divisiones, corrió al punto amenazado, situó baterías en las alturas, circunvaló á los austriacos en el bosque de Monceaux y los hizo atacar en todos sentidos. Reconociendo éstos al acercarse al Sambre que Charleroy era de los franceses, empezaron á vacilar; y aprovechando Kléber este momento, redobló su osadía y los obligó á retirarse de Marchienne-au-Pont. Mientras Kléber salvaba así nuestra izquierda, no hacía menos Jourdan por la salvación del centro y de la derecha. Morlot, que se hallaba delante de Gosselies, había peleado largo rato con el general Kwasdanowich, y ensayando varias evoluciones para cortarlo, concluyó por serlo él mismo. Replegóse, pues, sobre Gosselies, después de los más honoríficos esfuerzos. Championnet resistía por su parte con el mismo tesón, apoyado en el reducto de Hepignies, y en el momento en que el cuerpo de Kaunitz, que se había adelantado, trataba de cercar dicho reducto, un aviso erróneo le anunciaba la retirada de Lefevre en la derecha. Desalentado Championnet con esta noticia, resolvió retirarse también, y ya había abandonado el reducto, cuando Jourdan, hecho cargo del peligro, dirige á aquel punto parte de la división de Hatry, colocada de reserva, hace recobrar á Hepignies y lanza su caballería á la llanura contra las tropas de Kaunitz.

Mientras que por ambas partes se acometían con tal encarnizamiento, una refriega mucho más reñida aún se traba cerca del Sambre, en Wagné y Lambusart. Beaulieu, subiendo á un tiempo por las dos orillas del Sambre con objeto de hacer un esfuerzo contra nuestra extrema derecha, rechaza á la división de Marceau, que huye desalentada por los sotos del río y aun lo atraviesa desordenadamente; pero Marceau consigue entonces reunir algunos batallones en torno suyo, y no pensando ya en el resto de su división fugitiva, se lanza á Lambusart para morir antes que desamparar este punto inmediato al Sambre y apoyo indispensable de nuestra extrema derecha. Lefevre, que ocupaba á Wagné, He-

pignies y Lambusart, repliega entonces sus avanzadas de Fleurus á Wagné, y destaca fuerzas á Lambusart para sostener el esfuerzo de Marceau, llegando entonces á ser este el punto decisivo de la batalla. Nótao Beaulieu y dirige al sitio disputado una tercera columna; pero atento Jourdan al peligro, envía el resto de su reserva. Rudo fué el choque que tuvo lugar entonces alrededor de la aldea de Lambusart; peléase por ambas partes con singular encarnizamiento, siendo tan vivo el fuego, que los disparos se confundían en un solo estampido aterrador. Arden las mieses y las tiendas de campaña; pero continúa el combate en medio de las llamas, hasta quedar por fin los republicanos dueños de Lambusart.

En aquellos momentos los franceses, repuestos de tan ruda acometida, lograban sostener la batalla en todas partes: Kléber había cubierto el Sambre en la izquierda; Morlot, replegado á Gosselies, se mantenía allí; Championnet había recobrado á Hepignies, asegurándonos aquella importante posición el combate desesperado de Lambusart. El día terminaba y Beaulieu acabó de saber en el Sambre lo que ya constaba al príncipe de Orange, esto es, que Charleroy estaba en manos de los franceses. Entonces Coburgo, no atreviéndose á insistir más, ordenó la retirada de su ejército.

Tal fué aquella batalla decisiva, una de las más encarnizadas de la campaña, y que, se empenzó en un semicírculo de diez leguas, entre dos ejércitos de cerca de ochenta mil hombres cada uno. Llamóse de Fleurus, aunque esta aldea tuvo en ella un papel secundario, porque el duque de Luxemburgo había ya ilustrado este nombre en tiempo de Luis XIV. Aunque los resultados que reportó fuesen sobre el terreno poco considerables, reduciéndose á un ataque rechazado, decidió la retirada de los austriacos y produjo, por lo tanto, inmensos resultados (1). Los austriacos no podían dar una segunda batalla, pues para intentarlo necesitaban reunirse ó con el duque de York ó con Clerfayt, y ambos generales estaban en el Norte harto ocupados por Pichegrú. Además, amenazados sobre el Mosa, les era muy importante retroceder para no aventurar sus comunicaciones, y desde aquel momento se generalizó la retirada de los coligados, decidiéndose concentrarse hacia Bruselas para estar á la defensa de tan importante ciudad.

La campaña estaba con esto evidentemente decidida; pero una falta del comité de salvación pública frustró los resultados prontos y decisivos que debían esperarse. Pichegrú había formado un plan, quizá el mejor combinado de todos sus proyectos militares. Hallábase el duque de York sobre el Escalda, á la altura de Tournay, y Clerfayt estaba muy retirado, en Thielt de Flandes. Insistiendo Pichegrú en su proyecto de destruir á Clerfayt aisladamente, quería pasar el Escalda por Oudenarde y separar á Clerfayt del duque de York para batirlo una vez más. Quería también, cuando el duque

(1) No es muy acertada la opinión de atribuir al interés de una facción el grande efecto que la batalla de Fleurus surtió en la opinión pública. La facción de Robespierre, por el contrario, tenía entonces el mayor interés en disminuir el resultado de las victorias, como luego se verá. La batalla de Fleurus nos franqueó á Bruselas y á Bélgica, y esto fué desde luego lo que la dió tanta nombradía.

de York tratase de reunirse con Coburgo, batirlo á su vez, acudiendo luego á coger á Coburgo por la espalda ó á unirse con Jourdan. Este plan, que sobre la ventaja de atacar aisladamente á Clerfayt y al duque de York, tenía la de acercar todas nuestras fuerzas al Mosa, fué contrariado por una idea bastante descabellada del comité de salvación pública. Habían persuadido á Carnot que dirigiese al almirante Venstabel con tropas de desembarco á la isla de Walcheren para sublevar la Holanda. A fin de favorecer este proyecto, prescribió Carnot al ejército de Pichegrú que siguiese las costas del Océano y se apoderase de todos los puertos de la Flandes occidental; mandó además á Jourdan que destacase diez y seis mil hombres de su ejército para encaminarlos hacia el mar. Esta última orden, sobre todo, estaba poco premeditada y era sobrado peligrosa. Los generales demostraron á Saint-Just cuán desacertada era, y no se ejecutó; pero Pichegrú se vió siempre obligado á acudir hacia el mar para apoderarse de Brujas y de Ostende, mientras Moreau ocupaba á Nieuport.

Continuaron los movimientos en los dos alas, y Pichegrú dejó á Moreau con parte del ejército sitiando á Nieuport y la Esclusa, apoderándose con la otra de Brujas, Gante y Ostende. Adelantóse luego hacia Bruselas, mientras Jourdan acudía allí por su parte. Ya no tuvimos que trabar sino encuentros de retaguardia, y en fin, el 22 mesidor (10 julio) entraron nuestras vanguardias en la capital de los Países Bajos. Pocos días después se verificó la incorporación de los dos ejércitos, el del Norte y el del Sambre y Mosa. Importante en sumo grado era este acontecimiento, pues ciento cincuenta mil franceses reunidos en Bruselas podían lanzarse desde allí sobre todos los ejércitos de Europa; los coligados, derrotados por todas partes, procuraban unos guarecerse en el mar y otros en el Rhin. Fueron acometidas inmediatamente las plazas de Condé, Landrecies, Valenciennes y el Quesnoy, ocupadas por los enemigos, y suponiendo la Convención que el rescate del territorio daba derecho para todo, decretó que si las guarniciones no se rendían inmediatamente serían pasadas á cuchillo. Había también expedido otro decreto, expresando que no se hiciesen ya prisioneros ingleses, para castigar con la muerte de los rendidos todos los atentados de Pitt contra Francia. Nuestros soldados no ejecutaron puntualmente este decreto, y habiendo un sargento cogido algunos ingleses, presentólos á un oficial. «¿Por qué los ha cogido?, le dijo éste.—Porque esos tiros menos hay que recibir.—Sí, replicó el oficial, pero los representantes van á obligarnos á acabar con ellos.—No seremos nosotros, añadió el sargento, los que les fusilemos; enviados á los representantes; y después, si son tan bárbaros, que los maten y se los coman si quieren.»

En resumen, nuestros ejércitos, operando al pronto contra el centro enemigo y hallándole demasiado fuerte, se habían dividido en dos alas y marchado la una sobre el Lys y la otra sobre el Sambre. Pichegrú había derrotado desde luego á Clerfayt en Moucrón y en Courtray; después á Coburgo y al duque de York en Tourcoing, y por último, otra vez á Clerfayt en Hooglede. Después de varios pases del Sambre siempre infructuosos, Jourdan, conducido por una idea feliz de Carnot hacia aquel campo de batalla, había decidido el éxito de nuestra

ala derecha en Fleurus; desde este momento, rechazados los de la liga, nos abandonaron los Países Bajos. Tal era el resultado de la campaña, cuyos admirables triunfos se celebraban con entusiasmo en todas partes. La victoria de Fleurus, la ocupación de Charleroy, Ipres, Tournay, Oudenarde, Ostende, Brujas, Gante y Bruselas se ensalzaban como prodigios.

No participaba Robespierre de la general alegría, pues con estos triunfos veía aumentarse la reputación del comité y especialmente la de Carnot, á quien, justo es decirlo, se atribuía demasiado las ventajas de la campaña. Todo lo que los comités hacían de bueno y cuanta gloria se granjeaban en ausencia de Robespierre, debía levantarse en contra de este hombre público y causar su propia ruina. Al contrario, una derrota hubiera excitado en su provecho los furores revolucionarios, hubiérale permitido acusar á los comités de inercia ó de traición, hubiera justificado el retiro en que estaba hacia cuatro décadas, dado una alta idea de su previsión y encumbrado su poder hasta lo sumo. Habíase, pues, colocado en la más triste posición, cual era la de desear derrotas, y en efecto, todo probaba en él que las deseaba. No le convenía ni el decirlo ni el dejarlo notar, pero se traslucía á pesar suyo en sus conversaciones, pues se esforzaba, perorando en los jacobinos, en que disminuyesen el entusiasmo que infundían los triunfos de la república; insinuando que los coligados se retiraban ante nosotros para volver muy pronto, como lo hicieron en tiempo de Dumouriez, y que alejándose de nuestras fronteras querían entregarnos á las pasiones que desarrolla la prosperidad, y añadía después: «La victoria sobre los ejércitos enemigos no es la que principalmente debe apetecerse; la verdadera victoria es la que los enemigos de la libertad alcanzan sobre los partidos, porque esta victoria es la que acarrea á los pueblos la paz, la justicia y la felicidad. Una nación no es esclarecida por haber derribado tiranos ó encadenado pueblos: esta fué la suerte de los romanos y de algunas otras naciones; pero nuestro destino, mucho más sublime, es fundar sobre la tierra el imperio de la sabiduría, de la justicia y de la virtud.» (Sesión de los jacobinos del 21 mesidor—9 de julio.)

Robespierre había dejado de asistir al comité desde fines de pradiar, y estando ya á principios de termidor, hacía cerca de cuarenta días que se había separado de sus compañeros, y era ya hora de adoptar una resolución. Sus partidarios decían sin rebozo que se necesitaba un 31 de mayo; y Dumás, Henriot, Payán y otros le estrechaban para que diese la señal; pero Robespierre no gustaba como ellos de medios violentos ni participaba de su brutal impaciencia. Acostumbrado á ejecutarlo todo por la palabra y acatando las leyes, quería más bien ensayar un discurso en que denunciara á los comités y pediría su renovación; si por esta vía de dulzura acertaba á triunfar, quedaba dueño absoluto, sin peligro ni trastorno; si no triunfaba, este medio pacífico no excluía otros violentos, y debía por el contrario preferirlos. Al 31 de mayo habían precedido, en efecto, numerosos discursos é intimaciones respetuosas, y sólo después de haber pedido por estos medios pacíficos sin alcanzar nada, fué cuando se llegó á exigir. Resolvió, pues, emplear los mismos medios que el 31 de mayo, haciendo al pronto presentar una

petición por los jacobinos, pronunciando luego un discurso magnífico y poniendo, en fin, por delante á Saint-Just con su informe. Si no bastaban todos estos medios, tenía á los jacobinos, al Ayuntamiento y á la fuerza armada de París. Confiaba, sin embargo, no tener que renovar la escena del 2 de junio, pues carecía de la audacia suficiente para ello y profesaba todavía mucho respeto á la Convención para desearlo.

Desde hacía algún tiempo trabajaba en la redacción de un voluminoso discurso, en el que se fijaba en descubrir los abusos del gobierno, haciendo recaer sobre sus colegas todos los males que se le imputaban. Escribió á Saint-Just que volviera del ejército; retuvo á su hermano, que debía salir para la frontera de Italia; presentóse diariamente en los jacobinos, y lo dispuso todo para el ataque. Como sucede siempre en las situaciones extremas, diversos incidentes contribuyeron á que aumentara la agitación general. Un tal Magenthies hizo una demanda ridícula, pidiendo la pena de muerte contra aquellos que se permitieran proferir juramentos en que se pronunciara el nombre de Dios, y un comité revolucionario mandó encerrar como sospechosos á varios individuos que se habían embriagado. Estos dos hechos fueron motivo de muchas hablillas contra Robespierre; decíase que su Ser Supremo iba á ser más opresor que Cristo, y que se vería bien pronto la inquisición restablecida por el deísmo. Comprendiendo el peligro de semejantes acusaciones, apresuróse á denunciar á Magenthies á los jacobinos como un aristócrata pagado por el extranjero para desacreditar las creencias adoptadas por la Convención, y hasta mandó entregarle al tribunal revolucionario; y valiéndose después de su agencia de policía, hizo prender á todos los individuos del comité revolucionario «La Indivisibilidad.»

Aproximábase el desenlace: parece que los individuos del comité de salvación pública, particularmente Barrere, hubieran querido hacer paces con su temible colega; pero había llegado á ser tan exigente, que no era ya posible entenderse con él. Al retirarse una tarde Barrere con uno de sus confidentes, díjole dejándose caer en un sillón: «Ese Robespierre es insaciable; pida enhorabuena á Tallián, Bourdón de l'Oise, Thuriot, Guffroy, Rovere, Lecointre, Panís, Barras, Frerón, Legendre, Monestier, Dubois-Crancé, Fouché, Cambón y toda la pandilla dantonista; pero en cuanto á Duval, Audouin, Leonardo Bourdón, Vadier y Vouland, no es posible consentir.» Ya vemos que Robespierre exigía hasta el sacrificio de algunos individuos del comité de seguridad general, y desde este momento no había ya paz posible; era preciso romper y atenerse á las eventualidades de la lucha. Sin embargo, ninguno de los adversarios de Robespierre se hubiera atrevido á tomar la iniciativa; los individuos de los comités esperaban que se les denunciase, y los montañeses proscritos que se pidieran sus cabezas; todos querían dejarse atacar antes de defenderse, y tenían razón. Mejor era que Robespierre diese principio á la contienda, comprometiéndose á los ojos de la Convención por la demanda de nuevas proscipciones, porque entonces se estaría en la posición de hombres que defienden su existencia y la de otros, no pudiéndose prever ya el término de los sacrificios si se toleraba uno más.

Todo estaba preparado, y los primeros movimientos

comenzaron en los jacobinos el 3 termidor (21 julio). Entre los confidentes de Robespierre hallábase un tal Sijas, agregado á la comisión del movimiento de los ejércitos, contra la que se tenía ojeriza por haber ordenado la marcha sucesiva de un gran número de compañías de artilleros, disminuyendo así la fuerza armada de París. Sin embargo, no se osó hacerle un cargo directo; Sijas comenzó por quejarse del secreto de que se rodeaba el jefe de la comisión, Pyle, y todas las censuras que no se atrevían á dirigir á Carnot y al comité de salvación pública, recayeron sobre este jefe de la comisión. Sijas pretendió que sólo quedaba un medio, cual era dirigirse á la Convención, denunciando á Pyle. Otro jacobino delató á uno de los agentes del comité de seguridad general; Couthón, tomando entonces la palabra, dijo que era preciso remontarse á mayor altura, elevando á la Convención Nacional un informe sobre todas las maquinaciones que amenazaban de nuevo á la libertad. «Os invito, dijo, á que le presentéis vuestras reflexiones; es pura, y no se dejará subyugar por cuatro ó cinco malvados en cuanto á mí, declaro que no me subyugarán.» La proposición de Couthón fué adoptada al punto; redactóse la petición, se aprobó el 5, y el 7 termidor fué presentada á la Convención.

El estilo de este escrito era, como siempre, respetuoso en la forma, pero imperativo en el fondo: decía que los jacobinos iban á depositar en el seno de la Convención las inquietudes del pueblo; repetía las acostumbradas declamaciones contra el extranjero y sus cómplices, contra el sistema de indulgencia, contra los temores propagados intencionalmente para dividir la representación nacional, contra los esfuerzos hechos para ridiculizar el culto de Dios, etc. No contenía conclusión alguna terminante, sino que decía de una manera general: «Haréis temblar á los traidores, á los bribones y á los intrigantes, tranquilizando al hombre de bien; mantendréis esa unión que constituye vuestra fuerza, conservando en toda su pureza ese culto sublime de que todo ciudadano es ministro y que sólo tiene la virtud por práctica, y el pueblo, confiando en vos, cifrará sus deberes y su gloria en respetar y defender á sus representantes hasta la muerte.» Esto era decir bastante claramente: ó haréis lo que os dicte Robespierre, ó no seréis respetados ni defendidos. La lectura de la petición fué escuchada con lúgubre silencio, y no se dió contestación alguna. Apenas se acabó de leer, subió Dubois-Crancé á la tribuna, y sin hablar de la petición ni de los jacobinos, quejose de los disgustos con que le asediaban hacia seis meses, y de la injusticia con que se habían pagado sus servicios, pidiendo que el comité de salvación pública se encargara de hacer un informe sobre su conducta, aunque en aquél se hallaran dos de sus acusadores; pidió el informe para dentro de tres días. Accedióse á la demanda sin añadir una sola reflexión y siempre en medio del mismo silencio. Barrere le sucedió en la tribuna, y lee un gran informe sobre el estado comparativo de Francia en julio del 93 y julio del 94. Cierta que la diferencia era inmensa, y que si se comparaba la Francia desgarrada á la vez por el realismo, el federalismo y el extranjero, con la Francia victoriosa en todas las fronteras y dueña de los Países Bajos, no se podía menos de tributar una acción de gracias al gobierno que había operado este cambio en un año. Aquellos elogios dis-

pensados al comité eran el único medio con que Barrere osaba atacar indirectamente á Robespierre, y hasta le ensalzaba expresamente en su informe. Con motivo de las sordas agitaciones que reinaban y de los imprudentes gritos de algunos perturbadores que pedían un 31 de mayo, decía «que un representante que goza de una reputación patriótica merecida por cinco años de trabajos y por sus principios invariables de independencia y de libertad, había refutado con calor aquellos murmullos contrarrevolucionarios.» La Convención escuchó aquel informe, y separáronse después todos, esperando algún acontecimiento importante; mirábase en silencio y no osaban preguntarse ni explicarse.

Al día siguiente, 8 termidor (26 julio), Robespierre se resolvió á pronunciar su famoso discurso. Todos sus agentes estaban dispuestos y Saint-Just llegaba el mismo día. Al ver la Convención que comparecía en aquella tribuna, donde rara vez se presentaba, esperóse una escena decisiva y se le escuchó con sombrío silencio. «Ciudadanos, dijo, que os tracen los otros risueños cuadros; yo vengo sólo á deciros verdades útiles. No me propongo realizar terrores ridículos propagados por la perfidia; pero quiero apagar, si es posible, las teas de la discordia por la única fuerza de la verdad. Voy á defender ante vosotros vuestra autoridad ultrajada y la libertad violada; me defenderé también á mí mismo, y no quedaréis sorprendidos, no os pareceréis á los tiranos á quienes combatis. Los gritos de la inocencia ultrajada no importunan vuestros oídos, ni tampoco ignoráis que esta causa no es extraña para vosotros.» Robespierre traza después el cuadro de las agitaciones que han reinado durante algún tiempo, de los temores que se han propagado y de los proyectos que se han supuesto en el comité y en él contra la Convención. «¡Nosotros atacar la Convención!, exclama. ¿Y qué seríamos sin ella? ¿Quién la ha defendido con peligro de su existencia? ¿Quién se ha sacrificado para arrancarla de manos de las facciones?» Robespierre contesta que él, suponiendo que ha defendido á la Convención contra las facciones al arrancar de su seno á Brissot, á Vergniaud, Gensonné, Petión, Barbaroux, Dantón, Camilo Desmoulins, etc. Asíbrase que después de haber dado tantas pruebas de abnegación, hayan circulado siniestros rumores. «¿Es cierto, pregunta, que se han circulado listas odiosas en las cuales se designaba como víctimas á cierto número de individuos de la Convención, pretendiéndose ser la obra del comité de salvación pública y después mía? ¿Es cierto que se ha osado suponer sesiones del comité, acuerdos rigurosos que jamás existieron, y arrestos no menos quiméricos? ¿Es verdad que se haya tratado de persuadir á cierto número de representantes irreprochables de que se había resuelto su pérdida, haciendo creer á todos aquellos que por error habían pagado un tributo inevitable á la fatalidad humana que debían sufrir la suerte de los conjurados? ¿Es cierto que se ha propagado la impostura con tanto arte y audacia, que muchos individuos no dormían ya en sus casas?»

Quéjase después de que la acusación lanzada contra los comités ha concluido por dirigirse á él solo. Manifiesta que se ha dado su nombre á tanto arte y hacia mal en el gobierno; que si se encerraba á los patriotas en vez de hacerlo con los aristócratas, se decía: *Robespierre es quien lo quiere*; que si algunos patriotas habían su-